

noche [...] no seas tan miserable
como para creer en las palabras
y tan inmenso como para no usar-
las, sáltate el tercio y la cuarta y
los diezmos y primicias...

[Consejos para los amigos,
pág. 18]



Yo pensaba que los sermones barrocos del Lunarejo eran cosa del pasado cusqueño, creía que sólo los audaces políticos latinoamericanos eran hinchas de la vacuidad. ¡Craso mistake! Un verso de Nadería lo explica con todas sus letras: “la morosa delectación con que una frase se extiende hasta el infinito” (pág. 24). Pero no es necesario ir tan lejos, basta con habitar “esas cavernas oscuras del sentido” (pág. 26), basta con encender la antorcha otra vez en “las cavernas oscuras del sentido” (pág. 35). El poeta insiste en pasearnos por una topografía que va del alma al enramado y sus frutos³. Suficiente será que asome un álter ego del corazón, oso sin bosque, oso de alquiler:

...golpea a la niña que está a tu
[lado y luego regálale un oso
[inmenso
[pág. 16]

y que el oso parco nos pesque
[como a salmones...
[pág. 34]

purificado en la renuncia,
[incómodo y voraz,
oso panda que no prueba
[tiernos retoños hace mucho
[págs. 49-50]

Y que de pronto este bombeo de afectos o de imágenes vuelva al pun-

to de partida y empieza otro círculo y otro y otro, como el círculo metafórico de las dos vocales de o-s-o. Y el diseño de la poética entra y sale de sus túneles con destrezas que no se advierten en una primera lectura. Quien escribe tantas veces la palabra tiempo, quien escribe tantas veces la palabra corazón, quien escribe tantas veces en un árbol la palabra que se evade al mirarla, sabe de antemano por dónde las raíces levantarán el pavimento. Y nos convida una fruta, un latido, una grafía. Y nos pregunta si en lo alto aún sigue encendida la luz.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. Aunque deslice, en el poema *Donde se usa la palabra alma* (pág. 54), una confesión plural: “mañanábamos angustia”, que suena a efusión del alma de Tomé de Burguillos (álter ego de Lope de Vega). “Siempre mañana y nunca mañanamos” dice el soneto “Cánsase el poeta de la dilación de su esperanza”, de *Rimas humanas y divinas* (1634).
2. Sus pulsaciones, entonces, sanguíneas o de tinta: “labrar en nuestro corazón un altar a la inane imagen que no mejora el mundo mas lo hace hogar del misterio” (pág. 19); “Tu corazón es un ventilador que hace volar las tiritas de papel de su ilusión” (pág. 21); “Sé de mi corazón y lo bendigo” (pág. 26); “brillo en nuestros corazones / y en las solapas de los vestidos” (pág. 29); “el día tardío del corazón llega a su fin” (pág. 30); “En un mortero podemos dar vuelta al corazón” (pág. 33); “así vive el que se lanza sobre su corazón [...] nuestro atrabiliario corazón de trapo” (pág. 35); “Un corazón repleto de la leche de la bondad [...] aprender del corazón su entramado vaivén” (pág. 36); “el corazón es de todos” (pág. 44); “escapado de memoriosos perros, el corazón, temblando” (pág. 50); “nuestro corazón no cede” (pág. 51); “Los corazones se lanzaron a campañas desgraciadas” (pág. 54); “nuestro sorprendido corazón” (pág. 55); “el corazón no se consuela con palabras pequeñas” (pág. 60).
3. Ramificaciones literales: “Los mangos que reposan en los senderos recorridos por su impudicia / son hoy ruinas de castillos” (pág. 11); “No hay bajo el árbol de caucho plegarias, no hay consuelo, / todo es vida de esplendor para el olvido” (pág. 12); “no un vuelo de hojas en otoño [...] y tu árbol el roble blanco” (pág. 15); “No traigo un nuevo ritmo,

me adormezco con el sonido de los abetos [...] entre las hojas del acanto [...] tus pestañas, tus alerces” (pág. 27); “nos dejamos mecer por el viento con los álamos del río [...] sin dobleces ni intenciones de alcanfor” (pág. 28); “Los rumorosos robles, los alerces” (pág. 31); “Tú pesas en mi mano; la punta que al papel baja / es ágil como una hoja de jacarandá” (pág. 38); “Las palmeras deshinchadas del frío” (pág. 54).

¿Qué enseña el desierto?

Las cenizas del día

David Bonells Rovira

Universidad Externado de Colombia,
Colección Un libro por centavos,
número 18, Bogotá, 2006, 69 págs.

David Bonells pertenece, intuyo por la lectura de esta selección, a esa especie de poetas que no tienen grandes pretensiones (fama, lenguaje propio, poder) y, por lo tanto, desconocen ese tipo de fracaso que ahoga siempre a los ambiciosos. Como ninguna ganancia se pinta en el horizonte, nada pierde el poeta entregándose a una labor solitaria por definición. Sus aciertos son de pura cepa y sus deslices pasan casi inadvertidos. Es el lujo de quien vive de otras realidades, sean estas la arquitectura y la administración pública. Sorprende el que haya militado en el nadaísmo y después integrara la llamada *Generación sin nombre*. En 1963 ganó el premio Jorge Gaitán Durán por su libro *La noche de madera*. Los excesos del nadaísmo (empezando por la truculencia) no se notan en sus poemas, guiados todos por la reflexión sobre el tiempo, la memoria, el olvido y la misma crueldad ejercida sobre los seres humanos por los seres humanos (verbos transitivos y reflexivos).

Las cenizas del día recoge versiones corregidas de poemas de libros publicados. Los canales simbólicos: las fotos, los retratos, los espejos. En varias ocasiones las imágenes se parecen a esas monedas que siguen circulando aún después de haber

perdido todo respaldo: “un puñado de sombras / que empaña la memoria” (pág. 16); “la herrumbre del tiempo” (pág. 51); “la lava del olvido” (pág. 52); “las cenizas del día” (pág. 58), que le da título a esta selección. Todo el conjunto está regido por la manía que el Romanticismo atizó sin descanso: la velocidad con que se fuga la juventud es un tanto por ciento de vida nunca compensada. El tema no fue inventado por los románticos, pero éstos le signaron un lenguaje con llanto verdadero. Los epígonos románticos seguirían llorando, pero ya eran lágrimas de *kleenex*. Bonells revive la obsesión y se salva por la tangente inesperada: un lenguaje simple, simple, simple. Tan simple que paga con precio justo: la obviedad¹.

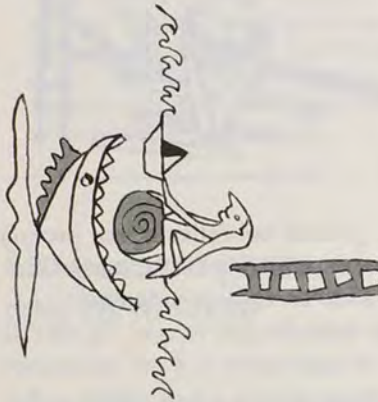
En otros casos logra acertar sin cuestionamientos, como sucede en *La gallada* y su final: “Eran malosos / esos pelados, / donde ponían el ojo / ponían también la bala” (pág. 36). Y en el magnífico *Amor en ruinas*, que cito completo:

*Como sobre los restos
de las antiguas aldeas
se han levantado los muros
de las ciudades,
más de una vez
se ha construido un amor
sobre las ruinas
de otro más antiguo.*
[pág. 53]

No puedo citar completo (una lástima) otro de sus aciertos: *El óvalo del retrato* (págs. 19-22), donde el poeta resuelve expresivamente —sin resolver, claro está— la pregunta romántica sobre el presente, el vacío, la posteridad. Es un poema notable porque sabemos que cada rostro de la fotografía de la Navidad de 1954 esconde una historia. La voz del poema evita contarnos los secretos, pero ofrece a cambio unas breves “instantáneas” de cada enigmático acontecer. En otros poemas esa misma voz —una lástima, también— opta por reproducir las preguntas y respuestas que se hacen desde príncipes hasta mendigos, y que nos define como animales que

llegamos al lenguaje y a través de él comenzamos a morir. El poema se titula *Todo en la vida es pasajero* y su segunda estrofa es la siguiente pregunta:

*Me pregunto
si todo en la vida es pasajero,
si las cosas que he conservado:
libros, postales,
objetos en desuso, trastos viejos,
se irán conmigo, cuando yo me
[vaya
o seguirán viviendo,
ignorando mi ausencia.
[pág. 28]*



Una inquietud similar se halla en *Desprevenidamente*: “¿Qué habrá sido de él? / ¿A qué lugar del mundo / habrá ido a parar? / ¿A qué ciudad? // ¿Si habrá muerto tal vez / o vive todavía?” (pág. 51). Las respuestas a ambas preguntas (la única pregunta) son la última estrofa de *Las sombras del almendro*: “De mi padre, / queda la casa en la que vivo, / su mujer y seis hijos, / la piedra donde está / su nombre escrito, / esa sonrisa suya que heredamos / y un inventario de objetos inservibles / que habitan las gavetas / y el olvido” (pág. 32), y la última estrofa de *Mientras cae la niebla*: “Sólo queda de ti, / quién lo creyera: / un retrato colgado en la pared / y una horqueta por cruz / sobre tus huesos” (pág. 46).

Hay en este lenguaje pequeños brillos y una sencillez que destaca más en el árbol “que se niega a morir / y sigue dando sombra” (pág. 27). Así, también hay un rostro tenso “como la piel de los tambores” (pág.

45). El poema de cierre, el más largo, *De la clandestinidad a la deriva* (págs. 63-67), retoma el tópico del alma errante y de su fusión con la masa, el anonimato:

*En un abrir y cerrar de ojos
pasé de la clandestinidad a la
[deriva,
dejando a mis espaldas
el paraíso perdido.*

*Durante cuarenta días
y cuarenta noches
permanecí en el desierto de la
[ciudad,
hasta que las tormentas de
[arena
y los latigazos del viento
me dejaron en carne viva.*

*Caminé entre la gente
por calles desconocidas,
a veces despacio,
otras aprisa;
siempre del tambo al tambo*

*y del tambo al tambo [...]
[pág. 63]*

De un saber específico, el “saberse uno más”, brota la certidumbre de la propia diferencia². Y en poesía esta diferencia define todo. Para ciertos poetas vale por una obra entera; para otros, por unos cuantos poemas. Más que suficiente en el caso de David Bonells, más que suficiente en este limpio quehacer.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. Véase, por ejemplo, *Pompeya* (pág. 34), *El roce de tu piel* (pág. 55) y *Hay gente sola en la ciudad* (pág. 59).
2. Me recuerda uno de los más conocidos poemas de Washington Delgado: *Globe Trotter*. Es una meditación sobre el exilio interior y la soledad en medio de la urbe. Claro que Baudelaire toca el bajo y el *Walking around* nerudiano lleva el ritmo del jazz en la batería. Aquí unos solos de flauta de las primeras estrofas: “Sobre arenas tan interminables como el día, / imaginando nubes, palmeras, aguas, noches de luna / he caminado por los desiertos, toda mi vida. [...] A menudo soñé con dulces samaritanas / y

siempre he despertado en un autobús: / ajadas oficinistas me rodeaban, muertas de sueño, encadenadas / a una vida polvorienta y sin una gota de agua / en el corazón. Con insaciable sed / he caminado por los desiertos, toda mi vida...". Cf. *Destierro por vida*, Lima, Milla Batres, 1970, pág. 44. Son poemas hermanos, sí, hasta en la evocación del desierto (del alma, sin duda).

Teorías del inquilinaje

Álbum de los adioses

Federico Díaz-Granados
Universidad Externado de Colombia,
Colección Un libro por centavos,
núm. 21, Bogotá, 2006, 69 págs.

Esta antología del poeta bogotano se abre con el magnífico *Hospedaje de paso*, cuyos tres versos finales dan fe de un extrañamiento mucho más hondo: "Se marchan siempre sin pagar los inquilinos de mi vida / y el patio queda nuevamente solo / en este hotel de paso donde siempre es de noche" (pág. 13). Rastrear el tópico de la mirada de los otros, sea en el aspecto amoroso como en el poético (el peso del símbolo ajeno), supone estar, por simetría inversa, al acecho de los demás, al anticipo de la imaginación de esa muerte propia que Rilke tamborileaba. De la rutina diaria saltamos a lo desconocido: "¿La muerte será como irse a una casa más oscura / o a un vecindario donde la amargura / se resuelve en un pago de contado?" (*La otra casa*, pág. 31).

Aquí, en pleno albur, conviene situar un arriendo menos pecuniario (en efectivo, quiero decir) y más del tipo préstamo o pagaré en el instante de hallar el rostro verídico que nos correspondería. El inconveniente radica en que la morada es un estado de ánimo, una cuña entre dos viejos conocidos de platónica jerarquía: cuerpo y alma. La melancolía se ha instalado en ese gozne del cuerpo que siempre es pérdida y el alma que nunca es recompensa: "La

vida cierra las persianas / y uno no se encuentra con su cuerpo [...] y en soledad saber [que] somos algo incompleto a la deriva, / una larga temporada baja a la que siempre se retorna" (pág. 17). En esta colección la melancolía renacentista recibe el bautismo romántico de nombre tristeza o nostalgia de los orígenes¹.



¿Cómo sobrellevar esa prenda que es, a fin de cuentas, un ser despojado de toda certidumbre? ¿Cómo impedir que vengan "la muerte y el ropavejero [...] por mi cuerpo con su derrota / o el casero a desalojar, / que es lo mismo"? (pág. 23). Asumiendo el transcurrir como la recuperación del paraíso: "Seguro existirá un cielo que no veré / un cielo con su única estrella" (pág. 58). Asumiendo también el universo múltiple del existir: "Ayúdame a reconocer mis gestos / en los cuerpos que un día fui" (pág. 59). Estos cuerpos o gestos se resumen en los ángeles que merodean como en la película de Wim Wenders².

Las páginas de este álbum de adioses están, asimismo, visitadas por imágenes que intentan, como letras de bolero, contrarrestar la situación: "estantería de ausencias" (pág. 15); "cicatrices del cansancio [...] agrio cereal del fracaso" (pág. 18); "basureros de la vida" (pág. 19); "traje sucio de los mismos augurios" (pág. 35); "escarcha de mis sueños" (pág. 39); "inventario de hemorragias" (pág. 44); "escombros del recuerdo [...] buzones del alba" (pág. 46); "inventario de ausencias" (pág. 55). La respuesta, sin embargo, se

afina al alcance de la expresión. Es lo que sucede con *Inutilidad del oficio*, una radiografía de la escritura en clave del Cobo Borda de mediados de los setenta:

*Y siempre habrá poesía
pero volveremos a las mismas y
[repetidas palabras
todos los temas están dichos
y habrá que repetir en cada
[verso
ritmos ya entonados, amores y
[muertes ya cantados
[pág. 54]*

Esta es la línea que mejor le va a Díaz-Granados, con su bastión en la ironía: "Por qué de los tres misterios / me revelaste primero los dolorosos [...] por qué nos diste estas almas con fecha de vencimiento" (*Oración del derrotado*, págs. 55 y 56); "No fuimos asesinos, ni notarios, ni carteros / y no hicimos pactos entre el decir y el callar. / Volvimos a extraviarnos en el amargo olor de la cocina..." (*Oficios*, pág. 61); "El amor como el silencio solo existe cuando vuelve a nacer" (*Preguntas*, pág. 62). Díaz-Granados les saca más y más lustre a estas circunstancias³.

En algunos casos hay finales melancólicos, un tanto acaramelados: "arrojaré nuevamente mi corazón a los mendigos / con la certeza que ninguno se hará cargo de él" (*La otra casa*, pág. 32); "Se me pasó la vida recibiendo postales, retratos y razones / desde que me dejó con este frío / las nieves perpetuas de mi vida / desde aquella última vez" (*Correspondencias*, pág. 42). Pero el poema vive de regalado y a su regalado gusto: en la posada de Díaz-Granados las palabras, por exigente costumbre, son muy bien recibidas.

EDGAR O'HARA
Universidad de Washington
(Seattle)

1. La desubicación de cuerpo y alma viene primero: "¿Qué sastrero tejió estos cuerpos que nos visten de vida / remendados con lágrimas equivocadas / y cosidos con paños y parches de un viejo almacén de baratijas?" (pág. 18); "¿Por qué alma mía / decidiste habitar este